

un instante brotado del cerebro de Cánovas, impidiendo que saliesen al extranjero unos bronces históricos, y no pudiendo o no queriendo impedir que saliese, verbigracia, el famoso busto de Elche, ahora honra del Louvre; y, para que no se falte a la justicia y se acuse sólo a los poderes del Estado, los cabildos y el clero, y los regulares también, compitieron en descuido con los gobernantes, y se vió vender el tesoro de la Virgen del Pilar y la granada, cuajada de rubíes, regalo de los Reyes Católicos, pasar a las vitrinas de opulento judío...

Dondequiera, el Cristo del arte ha sido entregado por treinta dineros a los sayones, que lo han azotado y crucificado.

Y, mientras hablamos de estas cosas, ¿no acude a la mente de cualquiera el recuerdo de ese singular y misterioso robo de la *Gioconda*, del cual ni rastro se descubre todavía en parte alguna? Hay momentos en que se me ocurre si esos ladrones tan hábiles que consigueron ocultar su personalidad y el cuerpo del delito se vendrán a dar por Madrid una vuelta, a quitarnos la otra *Gioconda* o alguna prenda de valía y singularidad análoga. ¡Cuidad de los niños!, repiten a diario los periódicos. ¡Cuidad de los Museos!, habría que decir, porque esas sublimes criaturas del espíritu humano que se llaman obras de arte, se producen más de raro en raro que las criaturas de carne y hueso; y mientras éstas, por lo general, no tientan la codicia, las otras van excitándola de un modo que ya raya en fantástico. Hoy todos quieren adornar su casa con obras de arte; el arte ha venido a ser una forma del lujo, una eflorescencia más de la civilización. Y lo que no pudo hacer el sentimiento estético lo hizo la vanidad, el ansia de lucimiento, el esnobismo de los pueblos nuevos, ávidos de tradición y de la pátina del pasado y anhelosos de comprarse ejecutoria.

En lo que se refiere al cuadro de Van-der-Goes, el caso es interesante y hasta reviste cierto aspecto dramático. Es la lucha por la Belleza, entre David y Goliath. Goliath, en esta ocasión, es la poderosa y fuerte Alemania, que a golpe de marcos nos quiere quitar la prenda. Nosotros, el pequeñuelo David, sin otras armas que su cintura de hondero balear, sin otra coraza que su esfuerzo invencible. Nunca habremos actuado de caballerosos Quijotes como ahora, si logramos, contra gigantazos y moros encantados, impedir que nos arrebaten la princesa de la Hermosura.

Yo vi cien veces ese Van-der-Goes, en mis viajes por Galicia, al detenerme en la muy pintoresca ciudad de los Hidalgos unas horas. Siempre le hice visita, encontrando especial encanto en que cosa tan bella estuviere así, escondida y recatada a los ojos de los profanos. Hay que dispensar a un artista que cultive estos egoísmos estéticos. Lo mismo me sucedió cuando, al representarse en Madrid la ópera *Salomé*, con la estremecedora música de Strauss, y el baile y mímica no menos estremecedores de Gemma Bellincioni, pude observar que estábamos en minoría los que sentíamos el profundo asunto y la admirable ejecución.

Pero estaba a mil leguas de creer que llegase el momento en que la portentosa obra del maestro primitivo fuese arrancada de la soledad de la iglesia del Colegio de Monforte, que tan bien la encuadraba, para adornar un museo extranjero. Esto ya es harina de otro costal... Que la viésemos al año una docena de aficionados o de curiosos; que permaneciese olvidada allí no era, en mi concepto, un mal tan grande. Que nos la quitasen ya varía. Llor a los que dieron la voz de alarma, y entre los cuales figura en primer término el diputado D. Rodrigo Soriano. Llor a cuantos trabajen, gasten dinero o influencia, en evitar que nos quedemos sin el ya archicélebre cuadro de Van-der-Goes. Si prospera la suscripción nacional para rescatarlo; si se obtiene que la maravilla no pase la frontera, ¡con cuánto orgullo lo llevaremos a la Pinacoteca nacional, y lo veremos allí figurar en el puesto que merece, entre tantos y tan magníficos ejemplares de pintura, que hacen todavía, de este Museo del Prado, el mejor del mundo en esta forma del arte.

Y ¿qué no pudiera ser nuestro Museo, a nada que hubiésemos puesto cuidado en recoger algo de lo que aquí se maltrató y se perdió, se vendió y se tiró, y todavía se trata a la baqueta y cual cosa de poco momento, como sucede en la Academia de Bellas Artes, cuyas obras de albañilería están siendo causa de que se rompan y estropeen los inestimables cuadros, que yacen tirados o hacinados en rincones?

No faltará quien crea que todo esto de dar fuertes sumas por cuadros y tallas, esmaltes y plata antigua, es un gasto superfluo y de lujo. Lo caro y ruinoso es tal error. Porque España, más que Italia, pudiera ser la nación-museo y atraer, con este cebo, a los extranjeros y turistas, que están ya un poco aburridos de Suiza, y empiezan a encontrar que en Francia abundan demasiado los sombreros empenachados de plu-

mas y la salsa rosa. España hubiera granjeado una ganancia inmensa, incalculable, si la inteligencia artística de gobernantes y particulares — las dos cosas son una sola — fuese, desde hace años, algo mayor y más vigilante su celo por nuestras grandezas hereditarias.

No sé si ahora empieza a comprenderse lo que valen estas cosas supuestas sin valor, pues tanto pueden representar un caudal muy crecido, como arrumbarse al desván. Depende de la mentalidad de sus poseedores. En España no es que la imaginación de las masas no se halle predispuesta a la admiración ciega y aun fanática de las cosas bellas. Pero tienen que llevar en sí algo que provoque y despierte el sentimiento. Se alzan los pueblos por una antigua imagen venerada, aunque no sea hermosa.

En un pueblecillo de cuyo nombre no quiero acordarme, por lo mismo que lo sé muy bien, existen, y supongo que seguirán existiendo, unos soberbios tapices del xv, que representan la toma de Granada, por Isabel y Fernando. Estos tapices, tras de los cuales andaba, años ha, una inglesa amiga mía, los quiso vender no ha mucho el párroco de la iglesia donde están guardados, si es que lo están. Y el pueblo se amotinó, y los tapices no fueron enajenados. ¿Seguirán en su sitio? me pregunto. Porque todas estas cosas que no están rigurosamente inventariadas, en las cuales no hay responsabilidades directas y sanciones legales severísimas, se hallan, quién lo duda, muy expuestas a volar. Casos y sucesos se podrían citar a millares.

Diariamente somos despojados. No hay que andar con sofismas: estas cosas de arte sumo no son nunca de una iglesia, y menos de un párroco: son de España. Que estén aquí o allí, donde la suerte las haya puesto; que las regalase un rey o un donante piadoso, es evidente que la intención de quien las donó, lleno de respeto al arte y a la santidad del culto, no fué que se vendiesen a un chamarilero, para hacer una nueva torre o reparar un lienzo de pared. Es mal mucho menor para España que se caiga un templo, o un convento, ya que puede alzarse otro, y de hecho se alzan a menudo, que ver disolverse sus tesoros, y, como Cristo en estos días sublimes, que echen suertes sobre sus vestiduras y arrebaten de su túnica inconsútil.

Aquí, lo repito, el despojo ha sido activo, incesante. En cierta corporación oficial (por ejemplo), sucedió el caso de que una magnífica colección de monedas visigóticas y árabes, de alto precio, fué sustraída. Me apresuro a decir que ya ha prescrito, pues el caso ocurrió hace bastantes años. Se supo perfectamente qué docta y bien vista persona había realizado el secuestro de las bellas monedas de oro, para lucrarse con su venta; pero una misericordiosa indulgencia para el Lupín erudito cerró el paso a toda investigación. Ello fué que sin las monedas, ejemplares únicos, se quedó España. Hoy figurarán en escaparates del British, o de cualquier otro museo de algún poderoso país.

¡Y el que roba un pan, va a presidio, como dicen los descontentos de la constitución de la sociedad, que realmente, en este respecto, no está muy bien organizada. La represión más severa, más dura, debiera caer sobre los que nos privan de algo tan insustituible como el objeto de arte. Porque hay que tener en cuenta la imposibilidad de reemplazar eso que a mansalva suelen quitarnos. Si nos quitan otra cosa, no faltará la equivalente. En arte es distinto. Y cuando el arte va tan estrecha tan íntimamente unido a la historia, entonces es la substancia de una nación, el jugo de sus venas, su razón de ser. Entonces todo el peso de la ley es ligero y toda sanción benigna, porque el delito tiene incalculables consecuencias, no sólo para las presentes, sino para las venideras generaciones.

Hay que inculcar la supremacía del arte. Por desgracia nuestra, tan ricos como hemos sido en él, que siempre lo hemos reputado como accesorio; accesoria de la religión, accesoria de la grandeza y de la realeza, accesoria de las guerras, accesoria de todo. El arte, sin embargo, es algo sustantivo. Desvaneciéndose las circunstancias en que se produjo, adquiere, tal vez, más importancia. Cuando el hombre anterior a la edad de los metales pintaba con ocre en el techo de las cavernas renos y caballos, o modelaba con arcilla bisontes, como los que ahora, con general admiración, acaban de descubrirse en un paradero o caverna, no hubiese creído que estas labores de su mano ya inteligente pudiesen llegar hasta nosotros al través de tantos siglos, y las hubiésemos de conservar con infinito respeto, y reconocer que son bellas en sí, aparte de su valor dentro de la ciencia prehistórica. Lo único duradero y eterno es el arte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Síntoma excelente para España, el interés que empiezan a despertar las obras de arte, y del cual es manifestación bien visible el revuelo promovido por la cuestión del famoso cuadro de Monforte, que Alemania se quiere llevar. Pero, en esto de defender nuestra riqueza artística, hemos llegado tarde al convite. Ya quedan sólo migajas.

De esto se convence cualquiera que recorra las casas de los anticuarios y chamarileros, en Madrid. En estas casas todavía, recientemente, encontrábase algo digno de tentar al aficionado y al curioso; en algunas se despacharon aprisa maravillas de arte que, traídas «de los pueblos» y vendidas a precios de increíble baratura, desaparecían por encanto, haciendo presa en ellas los inteligentes que rondaban, los extranjeros que, a favor de un puesto diplomático, buscaban ante todo, el medio de formarse, en buenas condiciones, una lucida colección. Han venido a Madrid embajadores de Rusia y de la Gran Bretaña, que hicieron, como suele decirse, su pancho, y se fueron, llevándose en cajones y fardos lo que luego tal vez hayan revendido por millones.

Yo, que sólo he sido modestísima coleccionista de abanicos, pues no alcanzó a más ni el tiempo ni los medios que pude disponer, encontré verdaderas ocasiones, hará como quince años. Desde entonces acá, todo ha ido desapareciendo; se han agotado las reservas. Ya no se ve un abanico raro ni de mérito en escaparates ni en cajones de casas de anticuarios ni en parte alguna. Y el precio del que asoma, por casualidad, ha triplicado o cuadruplicado, verificándose lo de los libros de las Sibilas, que, cuantas menos hojas tenían, valían más.

Todo ha quedado barrido. Sólo se ven tazas rotas, trapos sin mérito (hasta el damasco de lana, aquel venerable damasco de lana que pasó de moda el año 50, tiene ahora pretensiones de tela artística). Las feas sillas del período cristinesco, de caoba, sin chiste ni gracia, figuran como antigüedades, y se cotizan. Las cómodas, el armario amazacotado, la alfombra cuyo único encanto consiste en estar raída, el monstruoso santo de palo tallado por inhábil artífice, la caja desvencijada, la salsera sin asa, la hebilla descalabada, la rota cornucopia, el quinqué estropeado, todo lo que antaño se enviaba tal vez al cesto de la basura, o se llamaba al traperero para cedérselo por dos pesetas, lo vemos hoy pavonearse como rareza y curiosidad; y no es esto lo más notable, sino que hay quien lo compra.

Rebañado el plato, se recogen ya las últimas gotas que quedan en la cacerola, y en breve veremos suprimido, por falta de artículos de consumo, el comercio de antigüedades en España.

Hemos ido en esto, como en todo, de extremo a extremo. Primero hemos tirado por la ventana nuestro enorme patrimonio artístico. Luego, tarde y con daño, nos ha entrado la comezón de recuperarlo, o de salvar lo que nos resta, pero aun ahora mismo publican los periódicos fotografías de un magnífico templo románico, lleno de carácter, que la dinamita acaba de volar, por suponer que en sus cimientos existe enterrado «un tesoro». Es decir, que por un tesoro de leyenda, se ha hecho polvo un tesoro verdadero. Y esto sucede, y se tolera, cuando tanto se habla del respeto y del cariño debidos a los monumentos del pasado.

Así el vandalismo ha sido el estado habitual. Los gobiernos han arrasado o han entregado a la profanación innumerables y magníficos edificios, maravillas de arquitectura; han enajenado joyas, como enajenarían lo más baladí; han cometido el horror, inmenso, desde el punto de vista artístico, de la desamortización, y han procedido, en todo y por todo, con supina ignorancia, cuyas nieblas apenas disipó, de tiempo en tiempo, algún lampo de inteligencia, en